



Una protesta y una ruptura...

EL LABERINTO Y EL HILO

UN SINTOMA PROFUNDO

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

HASTA hace unos días ha estado expuesta en la Galería Goya una extraña exposición de pintura. La firmaba uno de los jóvenes artistas nacionales —Milner Cahahuaringa— y mostaraba cuadros coléricos, violentos, amargos, brutales. La crítica hizo lo suyo. Dijo —y no se le podía pedir otra cosa— que eso no era pintura. Y efectivamente eso no era pintura. Milner Cahahuaringa advertía en el catálogo, con palabras enardecidas, que aquello constituía una protesta y una ruptura. En verdad, el caso de este joven artista le queda corto a la crítica pictórica. Los cuadros eran menos que mediocres, pero tenían una valentía increíble. Un ganador de premios, un becado en España, un futuro engreído de los coleccionistas, ahí, en pleno centro de Lima, tiraba su porvenir al tacho de basura y se ponía a embadurnar telas con injurias, consignas, manchas, etc. Eso no sucede todos los días y eso es lo que interesa a esta columna, que se cuida, además, mucho de no ser de crítica artística. Milner Cahahuaringa no está loco. ¿Qué le ha sucedido entonces?

Bien sabemos que en el campo de las artes plásticas no estamos a la vanguardia (un nombre, tal vez dos, basta mencionar para desenvolver el panorama de nuestra pintura), pero anualmente se presentan en las galerías promociones sucesivas de "jóvenes pintores". Todos se parecen entre sí, todos merecen en el catálogo un prólogo de su profesor, todos acatan ciertas recetas —que todavía escandalizan a los transeúntes inopinados e inopinantes que ingresan a las salas de exhibición—, todos, en fin, están al día, no mediante una información directa y firme, sino a través de la divulgación de los magazines semi-populares. Año a año, los "jóvenes pintores" engrosan las filas de un arte levemente pasado de moda, pero también levemente contemporáneo. Infinitas veces el cronista se ha detenido ante las obras de estos muchachos y se ha preguntado, seriamente inquieto, cuándo le iba a ser dado ver el trazo de una mano iluminada abriendo una brecha en la lisa monotonía de lo "bien fait" o, lo que es más grave, de lo simplemente paródico. Lo peligroso de la uniformidad no es su índole cosmopolita, su efecto despersonalizador, su objetivo comercial por estandarizante, sino la confusión que hace entre arte original y artesanía seriada. Las exposiciones a que el cronista se refiere tienen ya todo el aspecto de una academia...

Pues bien, es obvio que en Milner Cahahuaringa se dio, quizá de pronto, quizá lentamente, la conciencia de que esa "academia" era anómala. Y se rebeló contra ella. Su error, al asumir dicha rebelión fue proceder irracionalmente, golpear, como un ciego, todo lo que había incorporado a su ser, todo lo que hasta el instante de su insurrección constituía su teoría idolátrica. Optó, además, por un camino difícil: el de la pintura social, que emprendió con los procedimientos de la abstracción, el informalismo y el "pop-art" con los que trabajaba antes. No racionalizó su desazón, no convirtió su desengaño en una fuerza positiva y creadora. Los resultados tenían que ser los que una batalla contra un fantasma. El fantasma inexistente siguió existiendo y él se quedó con añicos por todo patrimonio. A la postre, sólo eso es lo que expuso en la Galería Goya y que tanto —y tan justamente, de otra parte— mortificó a los críticos. Un crítico de arte no es un sociólogo. ¿Qué le importa, en último término, que la sociedad produzca esos cuadros idénticos y que, un día, dé origen a un hombre que se niega, como un prófugo, a guardar la compostura?

Pero no es tarde para que Milner Cahahuaringa recoja su experiencia y busque tesoneramente en sí mismo el lenguaje conveniente para decir todo lo que tiene que decir. No basta arremeter para ser revolucionario, porque la revolución es la búsqueda —en política como en arte— de una nueva ordenación de los valores, y no hay orden si faltan el sistema y los patrones emanados de él. Hay algo, sin embargo, que en el joven pintor es raro en nuestro medio; su coraje. Que se despida del éxito por un buen tiempo (el que le llevará encontrar su sintaxis pictórica y el que le costará luego imponerla) y que se ponga a trabajar en su arte con la obsesión del enamorado. Esto, si su gesto de la Galería Goya es, como piensa el cronista, un síntoma profundo.